

colección
ESTRELLA NEGRA



Daniel Pérez Morales

Acer nigrum

Algo está ocurriendo en los bosques de la pequeña localidad canadiense de Emmerin. La tierra comienza a expulsar cuerpos mutilados de mujeres jóvenes. La investigación recae en la agente Isabelle Lemaire a quien imponen un nuevo compañero, Noah Page. Lemaire se enfrentará a un despiadado depredador sexual y al misterio que esconde el pasado de Page, aunque para ello deba arriesgar su propia vida.



colección
ESTRELLA NEGRA



Daniel Pérez Morales

ACER NIGRUM



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

— COLECCIÓN ESTRELLA NEGRA, n^o6 —

MADRID • MMXIV

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © DANIEL PÉREZ MORALES

De la edición © Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

Idea y dirección: CARLOS AUGUSTO CASAS

Diseño de la colección: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Ilustración de cubierta: Sobre un original de Anna Ismagilova (shutterstock)
Fotografía del autor en solapa © Ana Pérez

Primera edición: Abril 2014
I.S.B.N: 978-84-941902-5-4
Depósito legal: M-10196-2014
Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

*Quisiera dedicar este libro
a mis padres,
a Rubén,
a Ventura
y a María.*

En el día de hoy he venido a vuestra puerta, en la que veláis a vuestros muertos sumidos en la oscuridad y el dolor. Por este motivo he venido aquí, para velar junto a vosotros. Entraré y me presentaré frente a las cenizas y pronunciaré las palabras que os sirvan de consuelo.

(«El Libro de los Ritos Iroqueses» HORATIO HALE, 1883)

I

El muchacho advirtió por primera vez el olor de los restos en descomposición cuando tenía nueve años.

Ocurrió durante una acampada de fin de semana, a la que Alexandre acudió junto con otros niños del grupo infantil de la parroquia de Emmerin. Los sacerdotes y otros voluntarios de la comunidad católica se llevaron a los chicos al bosque. Durante dos días les enseñaron a levantar tiendas de campaña, a plantar árboles y a distinguir entre las diferentes especies de pájaros, escarabajos o flores.

Alexandre era un muchacho endeble de carácter. En cuanto los cuidadores miraban hacia otro lado, sus compañeros aprovechaban para ensañarse con él, le embadurnaban el cabello con dentífrico mientras dormía, le insertaban una rana en la mochila o le sustituían el recipiente de azúcar por el de la sal, arruinándole su desayuno de leche con cereales. Hay quien nace para ser verdugo y quien nace para ser víctima y, a los nueve años, el pobre Alexandre era una presa inofensiva y propicia para sus acosadores.

La mañana de un sábado de verano partieron de excursión. La fila de chavales caminó a lo largo de un par kilómetros por el sendero de un bosque, todos vestidos con la misma camiseta naranja y la misma gorra amarilla. Hacía calor y los sacerdotes decidieron darles un descanso cuando alcanzaron un apartadero. Algunos niños aprovecharon para beber agua

de sus cantimploras y avituallarse, pero Alexandre no fue capaz. Había percibido una hediondez que le revolvió el estómago y le hizo perder el apetito. Los críos son curiosos por naturaleza, y Alexandre se apartó del grupo de excursionistas para averiguar el origen de un olor tan desagradable.

Se alejó unos metros de sus compañeros y penetró en la maleza, abriéndose paso a través de las ramas. Entre unos arbustos encontró al jabalí, lo que quedaba de él, con el hocico enterrado bajo un puñado de barro seco y con los ojos acribillados por las moscas y las larvas. Unas heridas recorrían su áspero pelaje, semejantes a dentelladas. Su carne llevaba días pudriéndose. Era una visión horrible, al mismo tiempo que fascinante. La decrepitud de la muerte contemplada por primera vez por un niño de nueve años. De la impresión que sufrió, al pobre Alexandre se le cayó al suelo la mochila en la que portaba toda su comida. El olor que percibió se le incrustó para siempre en su memoria.

* *
*
*
*

Los años transcurrieron y el niño Alexandre se convirtió en adulto, en un joven delgado como una rama, solitario e introvertido, que solo abandonaba su hogar para ir a trabajar, hacer un recado o ejercitarse. Los vecinos más chismosos de Emmerin lo consideraban un perfecto candidato a solterón, papel que el joven asumía con la resignación de un seminarista. Tenía un empleo a tiempo parcial como fotógrafo de una publicación mensual sobre caballos y aprovechaba sus frecuentes ratos

libres para entrenar y mejorar su marca de corredor de fondo. Pocas cosas le reconfortaban tanto en su ordinaria vida como la práctica del deporte a campo abierto.

Un domingo, Alexandre aprovechó una tregua de la borrasca para salir a correr acompañado de su padre, un hombre llamado Gilles que, en sus días de gloria, ganó un campeonato provincial de Quebec en la categoría de cien metros lisos. Gilles intentaba paliar con ejercicio físico los perjuicios de su sedentario empleo en la biblioteca del municipio. A sus cincuenta y tantos años, conseguía mantenerse en un estado de forma envidiable.

Padre e hijo preferían correr lejos de la civilización a través de parajes naturales. La Garra del Oso era su lugar predilecto, llamado así por la formación rocosa que coronaba una colina rodeada por un denso bosque. En las inmediaciones de la Garra del Oso había dos rutas habilitadas para los excursionistas. En contra de su costumbre, esa mañana eligieron la ruta más larga, un anillo de tierra exterior que rodeaba el sobresaliente rocoso a lo largo de unos once kilómetros, un recorrido algo más exigente de lo habitual.

Abrigados con ropa de deporte lo suficientemente gruesa, ascendieron a buen paso por un camino pedregoso que se abría a través de una colonia de píceas. Lloviznaba de ese modo tenue y traidor que termina calando a los idiotas. Ahuyentaron un mapache que se interpuso en su camino y se apartaron a un lado, bordeando la orilla de un reguero flanqueado por un muro de juncos presuntuosos.

Padre e hijo abandonaron la hondonada y rodearon la alambrada tendida entre las estacas torcidas que delimitaban

la granja del viejo Coultard, el hombre que durante años cuidó de un hijo tonto y que, en la actualidad, tenía un hijo tonto que cuidaba de él. Torcieron hacia el sur, dejando atrás su vaquería, y se asomaron a un risco de caliza golpeado por una corriente de viento.

El esfuerzo del ascenso resultó demasiado intenso para el padre. Con la respiración agitada, llegaron los primeros síntomas de fatiga.

—¿Cansado? —preguntó Alexandre.

—No me vendría mal aflojar un poco la marcha.

—Descansaremos un poco —convino el muchacho, mientras aminoraba su velocidad—. El maratón de Montreal será en septiembre. Tengo tiempo de sobra para entrenar sin tener que soportar tu lastre —bromeó.

Desde el collado, entre las copas de los árboles, asomaba el pueblo de Emmerin y su colorido mosaico de tejados que arrojaba el afilado campanario de su iglesia presbiteriana. A las afueras, la horrorosa planta maderera de la Van Hoenacker escupía un humo de color metálico por sus chimeneas. La planta era una acumulación de naves que estropeaba el hermoso paisaje, pero ofrecía trabajo a los hombres del pueblo. Un poco más allá, junto a la carretera ciento treinta y ocho, se divisaba el almacén de Lafontaine, un viejo zorro asmático de barba cana que surtía de herramientas a todas las granjas de alrededor desde hacía medio siglo. Alineado con el horizonte, fluía el caudal gris del río San Lorenzo.

Gilles y Alexandre avanzaron hasta las inmediaciones de Lac Amic, un pasto de recreo salpicado de merenderos y columpios que se llenaba de montañeros durante el fin de semana.

Caminaron entre las sombras de los alerces y alcanzaron una pradera de hierba alta, moteada por adelfillas que germinaron entre las cenizas de un incendio pretérito. Disfrutaron durante unos minutos del paisaje bañado de bruma de las montañas más lejanas. Prosiguieron su paseo y vadearon un río de agua cristalina que arrastraba costrones de musgo. Escucharon el ruido insistente que interrumpió una quietud bucólica. Apartaron algunas ramas, se adentraron en el juncal y descubrieron a su escandaloso amigo, un castor solitario y hacendoso que se afanaba en construir un refugio. En presencia de los dos desconocidos, el castor abandonó su tarea y se sumergió en el agua como una exhalación y desapareció para siempre.

—¿Viste su pelaje? —preguntó Alexandre.

—Era precioso, ¿eh? —observó su padre, con la cara enrojecida de cansancio.

—Desde luego que lo era. Qué lástima no haber tenido a mano mi cámara de fotos.

Alexandre advirtió el olor en cuanto regresaron al bosque, el mismo olor penetrante y desagradable, el mismo olor que le recordó que un día, siendo niño, contempló un jabalí muerto. El hedor se tornó más nauseabundo al avanzar. Sintió el golpe de una arcada y estuvo a punto de vomitar.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Gilles.

—Papá, ¿no hueles eso?

—El viento debe haber arrastrado hasta aquí la peste de una piara de cerdos.

—No son cerdos —aseguró Alexandre, pálido como un enfermo—. Debe de tratarse de algún mamífero muerto.

Alexandre no soportaba aquel olor, puede que no lo soportara desde que contempló aquel jabalí muerto por primera vez y desarrolló alguna suerte de aguda sensibilidad a la descarnada fetidez de la muerte. Cubriéndose la nariz y respirando por la boca, Alexandre se arrimó a una pila de ramas y de hojas arrancadas. Asomaron sobre la tierra húmeda unos pocos huesos de color marrón, unos jirones de tela y restos de cabello.

—Oh, Dios mío... —musitó Gilles—. Eso es...

Padre e hijo permanecieron allí, de pie, petrificados como estatuas.

—Sí, papá. *Lo es.*

Junto a las raíces de un árbol, inmersos en una colonia de hongos, encontraron los restos de una camiseta. También unos pantalones semienterrados. Vislumbraron las cavidades de un cráneo salpicado de restos de tierra húmeda. La mirada vacía de sus cuencas.

El joven no aguantó más. Se asfixiaba. Sobrecogido, se dio media vuelta y corrió entre los árboles, sorteando troncos caídos y arbustos, hasta que alcanzó el claro y pudo respirar de nuevo. Instantes después apareció Gilles tras él.

—Son restos humanos —anunció Alexandre, como si no fuera evidente.

Gilles se llevó la mano al rostro y se acarició su barba de tres días. Intentaron comprender. El padre se introdujo la mano en un bolsillo y extrajo un teléfono móvil. Comprobó que aquel trasto tenía cobertura. Marcó el número del despacho del jefe de la policía local de Emmerin, un gordinflón simpático y campechano que respondía al nombre de Jouliot. Nadie contestó al otro lado de la línea y Gilles recordó que la policía nunca está

cuando se la necesita. Después marcó el nueve-once de emergencias. Respondió un operador esta vez.

—Emergencias, buenos días, le atiende Simon, necesitaría saber si desea contactar con la policía, el parque de bomberos o el servicio de ambulancias.

—Verá, mi hijo y yo hemos salido a correr por el campo y nos hemos encontrado con algo —informó Gilles.

—Disculpe, señor, ¿se trata de alguna emergencia?

—No estoy seguro, supongo que ya no. Verá, lo que intento decirle es que...

Gilles se calló de repente. Con el teléfono móvil pegado a la oreja, puso una cara rara. Apartó el aparato de su cabeza y lo miró estupefacto.

—¿Qué ocurre, papá? —preguntó Alexandre.

—No lo entiendo —informó el padre—. El operador me ha colgado.

Gilles se lo pensó dos veces antes de volver a insistir.

* *

*

El helicóptero era un Bell modelo 206 de color rojo, un bimotor de doble pala con casi quince años de antigüedad que volaba aún como el primer día. El aparato no era propiedad de la policía sino de la Northside, una compañía que ofrecía servicios de vuelo a las empresas hidroeléctricas y mineras que operaban en la región. Por lo general, sus pilotos eran unos tipos peculiares, una suerte de suicidas habilidosos que disfrutaban como niños con su trabajo.

Durante ese mismo invierno, uno de sus helicópteros partió en busca de un escalador. El pobre diablo se había fracturado la tibia y el peroné cuando ascendía la cara norte de Mont D'Iberville, en el macizo de Torngat, la frontera natural que separa Quebec de la península de Labrador. No fue un vuelo de placer. Soplaban una ventisca del demonio, la visibilidad era mínima a causa de la tormenta de nieve y el alpinista se las había arreglado para acabar en un agujero rodeado de pedruscos. No había espacio para aterrizar. El piloto logró estabilizar el aparato en medio del temporal, apoyando tan solo una parte del tren sobre la roca. Toda una proeza. Consiguieron rescatar al escalador al borde de la congelación. El tipo volvió a nacer, por así decirlo. Similares a esta eran las anécdotas que los pilotos de la Northside adoraban narrar.

Ahora no soplaban viento pero llovía con fuerza. El helicóptero basculó levemente durante la maniobra de descenso, se equilibró y su hélice comenzó a azotar el herbazal. Pisó tierra y se abrieron sus puertas a ambos lados. Descendieron tres agentes de la Policía Provincial que habían partido desde la base de Marina Venise, en Montreal. La que caminaba en el centro envuelta en un pesado abrigo negro se llamaba Isabelle Lemaire.

El circo estaba montado. La agente Lemaire vio el halo resplandeciente de los focos y los haces de linternas que zumbaban como moscas entre troncos de árbol. Bandas reflectantes delimitaban un perímetro. En su interior, una mujer anónima envuelta en un traje aislante tomaba fotografías con una cámara sobre un trípode. Cerca de ella, un tipo sombrío contabilizaba plaquitas numeradas y extendidas sobre el terreno. Se le empapaba el cuaderno. Puede que merodearan por

allí unas quince o dieciséis personas en total, incluyendo a la pareja de uniformados de la policía local.

El inspector jefe Luc Brassard no vestía su habitual traje marrón pasado de moda, sino una colorida indumentaria de deportista de montaña que le confería cierto aspecto de boy-scout cuarentón. Alto, delgado y cargado de hombros, había visto tantos cadáveres a lo largo de su carrera que se le había puesto cara de funeral. Aquella mirada triste ya formaba parte de él, tanto como sus sempiternas ojeras. En cuanto Isabelle Lemaire lo saludó con su habitual indiferencia, Brassard se olvidó del resto de compañeros como si hubieran dejado de existir.

—Los restos los han descubierto un padre y su hijo que salieron a correr por el monte —informó el inspector jefe—. Al menos eso es lo que dice la policía local. Después de varios intentos, los dos corredores consiguieron contactar con la comisaría de Emmerin y los patrulleros nos avisaron a nosotros. A primera vista, el cadáver muestra tanto heridas de bala como de arma blanca. La víctima debe llevar muerta varias semanas, puede que incluso meses. Supongo que Vera Huard nos confirmará una fecha más exacta en cuanto concluya el peritaje forense.

—¿Dónde estamos? —preguntó Isabelle.

—A unos siete kilómetros al noreste de Emmerin. Hemos tomado declaración a los corredores. No saben más de lo que ya sabemos nosotros.

—¿Alguna arma? ¿Restos de casquillos?

—Solo ropa hecha jirones, un brazalete y un crucifijo. Ha pasado demasiado tiempo. Habrá que remover tierra durante toda la noche pero, por el momento, seguimos a la espera de que

nos consigan más palas en el pueblo. Los animales habrán desperdigado las pruebas por todo el bosque —aseveró, con tono de fastidio.

—No es gran cosa para empezar.

—Quiero que toda esta gente obedezca tus instrucciones. Me temo que la reciente jubilación de Yves te ha puesto al mando. Cuento contigo.

Isabelle había tenido que asumir todos los casos pendientes de su compañero retirado y ahora le asignaban el cadáver del bosque. No puso ninguna objeción. Asintió, se abotonó el abrigo y se abrió paso a través de dos agentes. Era una mujer menuda, de cabello castaño y teñido con unas mechas rubias con las que pretendía ocultar unas canas prematuras. Su mirada era azul y omnisciente. Mediada la treintena, aún conservaba su rostro de niña y una voz dulce y serena como la de un querubín. Cualquiera que hubiera trabajado con ella sabía que su aura de fragilidad era solo una cuestión de apariencia.

Extrajo un juego de calzas quirúrgicas con las que recubrió sus botas y se ajustó unos guantes de látex. Tomó prestada una linterna y se dirigió hacia la escena del crimen. Entre barro y raíces asomaba un cúmulo de huesos, que formaban una masa oscura y viscosa sobre la tierra húmeda. Distinguió la hilera de costillas unidas a la espina dorsal enterrada y también el cráneo. Entre un montón de hojas reconoció un fajo de falanges. El olor a cadáver se mezclaba con el olor de los charcos.

Junto al cadáver a medio desenterrar se acuclilló un hombre grueso, de mediana edad, que casi revienta sus pantalones de pana al agacharse. Se llamaba Louis Robi. En ese momento su función consistía en recoger cualquier objeto que considera-

ra de su interés, embolsarlo y después tendérselo al hombre del bloc de notas para que lo clasificara.

—Una noche desapacible... —dijo Robi.

—No esperaba verte por aquí —saludó Isabelle.

—Atendía un aviso en Laval cuando sonó mi buscapersonas. Mucho me temo que hoy nadie cenará en casa. Mi mujer empieza a sospechar que estoy con otra, como si aún tuviera edad para esas cosas.

—La semana pasada, el pequeño de mis hijos llamó «mamá» a nuestra canguro. No sé qué es peor.

—Lo tuyo, sin duda. Por lo que a mí respecta, desde que no veo a mi mujer me siento un hombre más feliz.

Robi, además de tener unas manos carnosas que manipulaban cada prueba con el mimo de un orfebre, era un raro caso de investigador que nunca bromeaba con su trabajo. Nada de chistes macabros, ni de chascarrillos de mal gusto. Un muerto era un muerto y debía ser tratado como tal. Al cabo de una vida consagrada a los homicidios, continuaba demostrando el mismo escrupuloso respeto por la muerte y por las víctimas.

—¿Alguna identificación? —preguntó Isabelle.

—Negativo. Y no creo que encontremos mucho más hasta que peinemos la zona.

Era ya el tercer caso que le asignaban a Isabelle desde el comienzo del año, la anciana estrangulada por su esposo, el ajuste de cuentas entre bandas culminado con una ejecución a quemarropa y, ahora, aquel saco de barro y huesos. Eso sin contar los otros dos casos en los que colaboró con Yves, poco antes de su retiro. Brassard la llamó.

—Lemaire, te presento al comisario de la policía local, Jacques Jouliot —dijo.

—Encantada —saludó Isabelle, tendiendo la mano.

El hombre tenía aspecto de policía que ejerce su profesión en una ciudad en la que nunca ocurre nada. Alto, de cabello y bigote plateados, tenía el gesto relajado de quien disfruta de unas vacaciones remuneradas. Los hombres de Jouliot no tenían mucho más trabajo que el estrictamente burocrático. Isabelle había conocido con anterioridad a muchos policías de pueblo como ellos, adormilados por la inactividad. Para algunos, un día ajetreado era aquel en el que se imponía una multa y se acompañaba a un borracho a casa. Aún así, el comisario se mostró dispuesto a colaborar.

—Quién iba a decirme, cuando me desperté esta mañana, que al final del día esto se llenaría de agentes venidos desde Montreal —dijo Jouliot.

—Para eso estamos —apuntó Isabelle.

—Supongo que agradecerán salir de la ciudad de vez en cuando, aunque sea por cambiar un poco de aires. Nunca he visitado Montreal. Siempre he creído que debe tratarse de un lugar bastante aburrido.

—¿Cómo puede saberlo, si nunca ha estado allí?

—Mi padre siempre decía que en Montreal solo hay bancos, parques e iglesias.

—Y también la central de la Policía Provincial —corrigió Isabelle.

—Eso es cierto —admitió—. La central de la Policía Provincial. Imagino que ustedes estarán hartos de enfrentarse a casos como este todos los días.

Al escuchar aquellas palabras, Isabelle se volvió hacia la escena del crimen. Tras las cortinas de agua, un hombre volcaba paladas de tierra en el interior de unas bolsas de plástico. A su lado, otro agente provisto de un detector de metales rastreaba la zona. Ambos se desplazaban el uno alrededor del otro, como bailarines en una coreografía siniestra. No adivinó el motivo de su mal presentimiento.

—No estoy muy segura de ello —dijo.

—Desde luego, para nosotros esto sí que es excepcional —prosiguió Jouliot—. Por aquí no son nada habituales los asesinatos. Qué diablos, desde luego que no. La gente de por aquí es pacífica y trabajadora. Los crímenes de sangre son más bien cosas de las ciudades. Un homicidio en Emmerin no tiene ningún sentido.

—¿Nunca se han visto involucrados en un caso similar? —preguntó Isabelle—. ¿En Emmerin o en algún pueblo de sus alrededores?

—Recuerdo que, en cierta ocasión, un padre mató a su hijo con un rifle durante una cacería. Lo confundió con una pieza que se movía entre la maleza. Pero aquello fue un lamentable accidente.

—Mala suerte.

—Verdadera mala suerte. Tres días después, el padre se voló los sesos a causa de los remordimientos —añadió—. Por fortuna, ahora la gente es mucho más consciente de lo peligrosas que son las armas de fuego. Incluso hay padres que llevan a sus hijos al club de tiro de Emmerin para instruirlos en su uso responsable. Hace tiempo que no tenemos que lamentar ninguna tragedia parecida.

—¿Hay un club de tiro en Emmerin?

—Así es, un club de tiro y una pequeña sala de cine. En nuestro pueblo ya tenemos de todo.

—¿Sabe si se ha denunciado alguna desaparición?

—No, por aquí no ha desaparecido nadie.

—¿Y tiene usted constancia de algún conflicto entre vecinos? —preguntó Isabelle.

El comisario golpeó la base de un paquete de Du Maurier y aprovechó el gesto para llevarse un cigarrillo a la boca. Bajo la protección del paraguas, lo encendió con un zippe. Exhaló una bocanada de humo.

—La gente no tiene enemigos por aquí —aseguró Jouliot—. Hace unos años, cuando la maderera amplió sus instalaciones, vinieron trabajadores de todas partes. Eso siempre despierta suspicacias. A mi modo de ver, los dueños de la maderera pretendieron crecer demasiado rápido. Contrataron a muchos tipos de golpe y se vieron unas cuantas caras nuevas por el pueblo. Alguna vez se armó alguna pelea, pero no mucho más. Si pretende buscar sospechosos por Emmerin, lamento decir que no puedo señalarle a ninguno. Hay gente mejor o peor, como en todas partes, pero que me aspen si en el pueblo hay un solo criminal capaz de arrojar un cadáver en medio del bosque.

* *
*

A la entrada de una taberna llamada Uragh había estacionadas tres Harley Davidson modelo Heritage, despojadas de todo artulugio innecesario para circular por carretera, a excepción